

# LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

## LA MANO CORTADA.

Hé aquí una historia sombría como las novelas de Ana Radcliff, y que suministra abundante materia para la literatura de tribunales.

En diciembre de 1845 llamaba el doctor Huberti á la puerta de su casa en Paris, cuando daban las once de la noche: de repente un fuerte brazo detuvo su mano y se halló cerca de por tres hombres enmascarados. La calle estaba desierta, no tenia con qué defenderse, y suponiendo que fueran ladrones, se disponia á entregarles la bolsa, pero uno de ellos le preguntó:

—Sois el doctor Huberti?

—Parece que me conocéis, mas no importa: tomad el dinero y el reloj, y me quedaré con la caja de instrumentos, que para nada pueden servirlos.

—Caballero, no somos los que pensais, y solo queremos mereceros un favor.

—Mala hora es ya de pedir favores.

—Todas son buenas tratándose de una operacion quirúrgica.

—Ah! esperad que avise á mi esposa....

—Es imposible: ahí teneis los instrumentos y se pierde el tiempo: mas os advierto que debemos vendaros los ojos.

—Cómo!

—Economicemos palabras. Tocó un pito el que hablaba, y al instante se presentó á la puerta una berlina, en la cual entraron el doctor y los enmascarados, y el carruage partió velozmente.

Huberti se resignó á sufrir lo que le deparara la suerte. Cerca de una hora corrieron sin

hablar ni una palabra: despues hizo alto la berlina y se oyó el ruido de una puerta que abrian con gran prisa.

—Qué habeis hecho? preguntó una voz estraña de muger.

—Ya le traemos, respondió uno de los enmascarados tomándole la mano al doctor y ayudándole á bajar: hizole en seguida subir varios escalones y atravesar un estenso pavimento, pasado el cual le dijo: «hemos llegado y voy á quitaros la venda.»

El doctor no sabia lo que le pasaba: miró en derredor y se halló enmedio de una pequeña habitacion decorada con lujo y alumbrada débilmente por una lámpara, colgada del techo. Reparó en su conductor, y era un hombre de elevada estatura, de aspecto imponente, y vestido con cierto aire aristocrático. Sus ojos negros relucian al través de la media máscara que cubria la parte superior de su rostro, y adornábale la inferior la espesa barba que caia sobre su pecho.

—Doctor, le dijo, preparad vuestras herramientas, pues teneis que hacer una amputacion en ese gabinete; señalándole una puerta hacia la cual le conducia.

—Pero, señor, es preciso ver antes....

—Nada vereis aquí, mas que una mano que debéis cortar.

Huberti fijó los ojos en su interlocutor, y le dijo:

—Caballero: os habeis valido de la fuerza para conducirme á este sitio; y si con efecto necesita alguno de mis servicios en la facultad, llenaré mi deber como siempre; mas tratándose de cometer un crimen, no lograreis que acepte el papel de cómplice.

—Yo os garantizo con mi palabra de que ningun pesar os acarreará vuestra obra; y

mostrándole la mano que asomaba por entre los cristales del gabinete, le dijo: esa es la mano que os ofrecen para ser cortada.

Huberti la estrechó entonces contra la suya, sintiendo que aquellos dedos temblaban con su contacto. Era sin duda la de una mujer hermosa, una mano torneada, y en uno de sus dedos lucía una magnífica sortija de diamantes que resaltaba más su blancura. Al examinarla, exclamó el doctor:

—Oh! no tiene ningún daño, y yo no la cortaré.

—¿No queréis? pues bien, yo ejerceré vuestro oficio. Y sacando un hacha de debajo de la cama, que se descubría apenas, se dispuso á asestar un golpe tremendo; pero el doctor le detuvo el brazo.

—Deteneos! es cosa atroz, inesplicable....

—Qué os importa! lo mando, y la paciente está resignada.

—Sí, os lo suplico, dijo la infeliz con el acento de la conformidad.

—¿Lo escucháis? O vos ó yo; no hay remedio.

La resolución era atrevida y Huberti creyó en la súplica de aquella mujer. Sacó la caja fatal, dirigió una mirada al desconocido, y con el corazón traspasado y bañada en sudor su frente, acercó la cuchilla. Dos veces rechazó su mano la que en breve había de caer á tierra, pero al fin brotó un torrente de sangre; un espantoso grito retumbó por toda la estancia, y la mano y el acero cortador cayeron á un mismo tiempo! El doctor se quedó pálido, y el desconocido, robando á los dedos la preciosa sortija y entregándosela á Huberti, le dijo: «*Tomad este presente para recuerdo: nadie os lo reclamará; hemos concluido y nos vamos de este sitio.*»

No bien hubo terminado estas palabras, entraron en la habitación los enmascarados, le volvieron á cubrir los ojos, le sepultaron en el mismo carruaje, y nada más pudo ver hasta que le abandonaron todos á la puerta de su casa. La una marcaban entonces los relojes de la gran ciudad.

Durante tres meses, apuró Huberti todos los medios imaginables á fin de descubrir el secreto de su aventura, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y se propuso llevar colgada de la cadena del reloj la sortija misteriosa.

Poco tiempo después fué convidado el doc-

tor á un baile en casa de la condesa P... al que asistió la aristocracia de Paris, y entre los concurrentes había un jóven, de aspecto melancólico, que atravesaba los salones con incierto paso, y en quien la multitud fijaba sus miradas. En uno de estos paseos se encontró frente á frente de Huberti, y reparó en la sortija que éste lucía: acercósele rápidamente, y sin reparar en lo que hacía, le dió tan fuerte bofetada que estuvo á punto de besar el suelo. Consecuencia de este atentado fué la provocación de un duelo á muerte.

Véan ahora nuestros lectores la esplicacion de esta segunda aventura.

Matilde de... era hija de uno de los más ilustres generales del Imperio, aunque de muy escasa fortuna. Napoleon de... era hijo de la duquesa de... igualmente pobre, pero orgullosa con sus títulos. La duquesa y el general, amigos íntimos, habían convenido en casar á sus hijos, pero les llegó después la hora del arrepentimiento. Entretanto, Matilde y Napoleon se amaban, y no era fácil distraerlos de sus ensueños de felicidad, por más que lo pretendieran sus padres, temerosos de perjudicarse recíprocamente con dicho enlace.

El general y la duquesa discurrieron un medio para lograr sus fines: que Napoleon fuese nombrado secretario de una embajada lejana, sacrificio á que se doblegaría el jóven en obsequio de su amada. Recibió, pues, su nombramiento, y con efecto se resignó al destierro por algun tiempo.

Cuando llegó la hora de la despedida, un grito de dolor se escapó del pecho de Matilde. En vano le juraba el amante fidelidad; porque ella permanecía inconsolable y un oculto presentimiento le hacia dudar de la realidad de tales promesas. Napoleon le cogió una mano y cubriéndola de lágrimas la dijo: «Acuérdate de que eres mi prometida y de que esta mano me pertenece: y colocando una sortija de gran valor en uno de aquellos dedos, continuó: «Acuérdate de que esa sortija fué el último regalo de mi madre.»

Matilde nada respondió; pero dando un apasionado beso á la sortija, cayó desmayada en el sofá, y no volvió á ver á su amante.

El campo quedó espedito para los intentos de sus padres. El general exageró su pobreza á Matilde, hasta el extremo de que conociese el grado de su desesperacion por las crecidas

deudas que habia contraido; y aseguróla que de ella pendia su felicidad, si olvidando á Napoleon, se enlazaba con el rico conde de.... á quien ambos apreciaban.

Es una debilidad propia de los corazones sublimes el ofrecerse en sacrificio, y Matilde arrojándose en brazos de su desconsolado padre, le prometió acceder á sus deseos. A los ocho dias se efectuaba su matrimonio en la iglesia de Santo-Tomás de Aquino: mas en el instante de la bendicion nupcial, y cuando el esposo coloca el anillo en la mano de la esposa, ésta en vez de ofrecer la izquierda presentó la derecha, sin que bastasen observaciones ni súplicas para evitar tamaño empeño, ni el escándalo que producía.

¿Cómo podía vivir ya tranquilo el esposo desde el primer dia de su enlace? Los celos mas crueles le devoraban, y un sentimiento profundo preocupaba su espíritu. No tardó mucho en pedir á su esposa la sortija que no se quitaba del dedo, y Matilde le respondió que jamás la conseguiría. Entónces el conde comenzó á ejercer la venganza, y observando sobre ella una vigilancia que no la dejaba vivir, cayó en su poder cierto billete de Napoleon, en el cual, como ignorante de la suerte que habia cabido á Matilde, la hablaba de sus proyectos para el porvenir, asegurandola que pronto tendria el gusto de verla, porque habia conseguido pasar á la embajada de Paris.

Furioso el conde con esta lectura pasó al gabinete de su esposa, y mostrándole la carta, la dijo con un acento marcado de ironía:

—Ya he comprendido, señora, el misterio de vuestra existencia. Oh! ¿porqué no me digisteis con toda franqueza, que la mano que reservábais estaba ofrecida á otro hombre? Cumplid vuestra palabra, que yo os ayudaré por mi parte.

Matilde desprecio su cólera, y apenas hizo caso de esta amenaza.

La mañana siguiente á la llegada de Napoleon recibió éste un cofrecito de ébano de manos de un criado. El lector comprenderá la pena que traspasaria su corazon al abrirlo, y hallar dentro una mano ensangrentada... la mano de Matilde.

En un papel teñido con sangre se leía: «Así cumple la condesa de... sus juramentos.»

Leerlo, coger unas pistolas y correr á casa del conde, fué obra de pocos minutos; pero

los esposos se habian marchado de la capital y no se sabia su paradero.

Napoleon no halló mas alivio en su furor que averiguar el nombre del que habia cortado la mano de su amada, y luego que lo supo, la casualidad le deparó su encuentro en el baile de la condesa de P...

El desafio, de que hablamos antes, tuvo lugar en el bosque de Vincennes. Huberti que manejaba la espada con menos destreza que el escalpelo, quedó herido de peligro, y antes de separarse de su adversario, le refirió la escena de aquella noche fatal, terminando su relato con estas palabras:

«Matilde no padeció mucho tiempo, tal vez porque el destino le indicaba que la mano que perdía, llegaría pronto á las vuestras; y al ausentarme, la oí esclamar: «*Devídle que mi corazon irá siempre á donde fuere lo que ahora pierdo.*»

Divulgada la noticia de este duelo, Napoleon tuvo que huir á Bruselas y nada se ha sabido despues de su vida.

El nombre de Huberti es prestado y para ocultar el verdadero. El doctor que figura en esta historia, es L... famoso cirujano de Paris. = Traducción.

M. M. DEL CAMPO.

---

### CAUSA CÉLEBRE.

---

Vista de la que se les ha formado á Antonio y Clara Marina, por doble asesinato.

El miércoles 31 tuvo lugar, en las afueras de la puerta de Toledo, la ejecucion de estos desgraciados hermanos, convictos de los asesinatos cometidos en la Red de San-Luis, segun lo acordado por la sala primera de la audiencia, en la última vista de la causa verifi-

cada el 29 del mismo mes.

Hé aquí cómo refiere *La Estafeta*, periódico madrileño, dicho acto:

«Señalada la vista para las diez de la mañana del día 28 de octubre próximo pasado, un inmenso gentío rodeaba desde muy temprano el palacio de la audiencia: á las diez en punto fueron conducidos ambos acusados á la presencia del tribunal.

Clara Marina iba medio enlutada, llevaba las manos sueltas, el cabello partido y bien compuesto, y su semblante, aunque sereno, revelaba alguna mas agitacion que las últimas veces que compareció en público.

Antonio, vestido con un pantalon de paño blanquecino, chaqueta negra y la camisa hecha girones, tenia las manos sueltas por las esposas, y la cabeza caída sobre el pecho: su mirada, la palidéz de su semblante y la barba á medio crecer, le daban un aspecto sombrío, por el que era difícil distinguir si el remordimiento, la vergüenza ó la hipocresía le tenían en aquel estado.

Sentados frente á los jueces en los banquillos negros, empezó la relacion del proceso. A las primeras páginas, y cuando llegó el relator á las palabras del sereno, que declaró *haber visto caer un hombre, muerto al parecer, con los brazos colgando y la cabeza hácia el suelo*, Antonio Marina, que hacia rato estaba sollozando, se desmayó sobre el hombro de su hermano, y ésta le cogió limpiándole la cara con su propio pañuelo. El presidente del tribunal mandó que le diesen un vaso de agua, y que entrase el facultativo de la cárcel, que lo hizo acompañado del enfermero de la misma. Dispusieron una antiestérica, de la que bebieron diferentes veces los dos hermanos, y Antonio volvió en sí, pero sin alzar la cabeza; y hasta el final de la vista estuvo reclinado en el hombro de un portero de la cárcel. Concluida la lectura, el abogado defensor, señor Navarro, usó de la palabra, y dijo poco mas ó menos lo mismo que en la vista anterior. Uno de los nuevos cargos que hizo fué el de la precipitacion con que habia procedido el juzgado, limitándole el tiempo de la defensa; insistió en que las declaraciones de los reos no hacen prueba legal; puesto que los hombres mas eminentes no han podido distinguir aun, cuando son obras del

atardimiento, y cuándo son hijas de una criminalidad esquisita; rechazó el dictámen de los facultivos en el reconocimiento del cadáver del desgraciado Lafuente, queriendo suponer que no se le dieran en tiempo los auxilios que ofrece la ciencia, para cuando no se ha consumado la asfixia; y por último, su buen deseo de salvar la vida á los acusados, le hizo recurrir á sacar á plaza las leyes del Fuero Juzgo.

El fiscal de S. M., señor La Hoz, que habia encontrado al defensor menos feliz que en la última vista, estuvo por el contrario elocuente, claro y enérgico en el discurso de acusacion. Refiriendo los hechos de una manera sucinta y clara, defendió el proceso de las nulidades que le suponía el abogado, y estrañó que este se quejaba ahora de no haber tenido tiempo para la defensa, cuando no pidió próroga en ocasion oportuna. Igual defensa hizo del dictámen de los facultativos, diciendo que el juez no podia haber dispuesto que se hiciesen remedios de ninguna especie para dar la vida al que segun afirmaban los facultativos, los únicos jueces competentes llamados en el momento de ocurrir la desgracia, era ya cadáver. Rechazó las citas que el defensor habia hecho del Fuero Juzgo, dijo que estaba probado suficientemente mas allá casi de lo que exige la ley la criminalidad de los procesados.—«Pedir mas pruebas, decia el señor La Hoz; exigir mayor evidencia de que los dos hermanos fueron los autores de aquellos crímenes, seria hacer ilusorias las leyes; jamás habria motivo para aplicarlas. En medio de un campo, añadía el señor fiscal, hay un hombre que apunta con una escopeta á otro, y éste cae en tierra muerto al tiempo de salir el tiro; lo vé un tercero, y no puede decir que haya visto entrar la bala que salió de la escopeta en el cuerpo del hombre. ¿Y se ha de suponer que el tirador no es el culpable porque al mismo tiempo pudo venir otra bala que causase la muerte, cuando no hay indicios de que se disparase ningun otro tiro?.... Pues hé aquí el caso presente: Clara y su hermano aparecen encerrados por dentro con un cadáver: por la ventana que dá al patio se arroja otro, y los testigos que lo ven caer, no ven salir nadie por aquel sitio; luego si despues de arrojado el cadáver no ha podido salir nadie, ni por la puerta, cerrada por den-

tro y defendida por la parte exterior, ni por los balcones, observados por la multitud que invadía la calle, ni por las ventanas, observadas por un sereno y una vecina; ¿por dónde salieron? ¿dónde están los criminales?

Apoyado despues en el artículo 524 y párrafo segundo del 70 del código penal, pidió la confirmacion de la sentencia.

El presidente se dirigió á los acusados diciéndoles si tenian algo que alegar en su defensa, y ambos se pusieron en pié.

Clara Marina se adelantó, y con voz clara y fuerte dijo:

«Nosotros no hemos visto ese difunto que dicen que estaba en el corredor, y que le arrojamos al patio, ni sabemos nada de eso.»

El procesado Antonio, á quien momentos antes y por disposicion del médico le habian quitado las esposas, y que hasta entónces habia permanecido con la cabeza caída sobre el pecho y reclinado sobre el hombro del carcelero, se adelantó hasta las gradas del tribunal, y con la cabeza erguida, voz fuerte y acento altanero, dijo:

«¿Quién me ha visto á mí en los billares y dónde he robado yo, ni quién tiene nada que decir de mí? Yo tengo buena conducta y soy tan hombre de bien como cualquier otro, y á ninguno de mi familia tienen que echarle en cara nada.»

Clara le interrumpió gritando:

«A nosotros nos quieren mal y por eso tratan de perdernos.... pero Dios nos protegerá.»

Antonio volvió á hablar y dijo:

«Yo no sé nada de todo eso que se dice, pero nos quieren mal.... Dios nos perdone.»

El presidente dió por terminada la vista, y el tribunal se retiró á deliberar.

El público, que habia acudido solícito, deseoso de poder juzgar de la culpabilidad de los reos por su semblante y por las palabras que pudieran decir en su defensa, se compadeció al principio de ellos por el estado de abatimiento en que parecia estar el llamado Antonio; pero cuando le vió crecerse y contestar con energía sosteniéndose de pié sin el apoyo que buscaba sentado, sintió una repugnancia que al salir de la audiencia se veia retratada en todos los semblantes.

Clara estuvo animando á su hermano á que estuviera sereno todo el tiempo que duró la

vista, y aunque ella dió muestras de afligirse alguna vez en los momentos mas críticos, cuando se detallaba el estado en que se hallaron los cadáveres, la vimos serena y sin señales de la menor emocion. Cuando el fiscal la apostrofaba, por decirlo así, cuando se conolia de la muerte del desgraciado Lafuente, cuando pintaba con horror la ingratitud de la procesada, ella le miraba con desenfado, y sin participar de la conmocion que sentiamos cuantos estábamos en la sala. Esta mujer, cuya fisonomía hemos descrito en otra ocasion, se manifestó ayer *consecuente consigo misma*, y si pareció algo mas afectada que de ordinario, fué por lo que hemos dicho antes de ahora; porque ambos acusados pierden su imperturbabilidad cuando se ven reunidos. Adivinar si eso es impulso natural de la sangre que corre por sus venas, ó vergüenza de la que ambos derramaron, no es posible.

La sala confirmó la sentencia, por la cual se condenó á Antonio y Clara Marina á sufrir la pena de muerte *en el sitio de costumbre*. A las tres fueron citados los reos á las puertas de las respectivas capillas, donde se les notificó la sentencia. Clara la oyó serena é impasible, pero derramó algunas lágrimas, cuando el ruido de los grillos la anunció que bajaba su hermano. Este lloró al oír la sentencia, y se afectó de una manera tal, que á las cuatro y media estaba atacado de una fuerte convulsión, y fué preciso que el médico acudiese á la capilla.»

---

## POESIA.

---

### ROMANCE MORISCO.

Sembrados de hermosas plumas  
los purpurinos turbantes,  
y ornados de azules tocas  
y amarillos capellares,  
Sin petos de limpio acero,  
ni damasquinos alfanges,

entrando van en la Alhambra  
los nobles *Abencerrages*.

Tan valientes en las lides  
como en las danzas galanes,  
y en el campo tan tomibles  
como en el festín amables.

Cada cual lleva su mote  
en una banda ondeante,  
colocada entre un emblema  
puesto en caracteres árabes.

Dos donceles que quizá  
por su bien llegáran tarde,  
vienen departiendo alegres,  
y en sus dos divisas traen,

El uno, entre un sol de oro  
un corazon de brillantes:  
*Este de Granada y tuyo*  
dicen las letras del márgen.

Una lanza tiene el otro  
con un brazo que la blande,  
y en dorados signos dice:  
*Por mi patria y por mi amante.*

Ya del régio alcázar moro  
llegaban á los humbrales,  
cuando «por *Alá* no ontreis,»  
esclamó saliendo un page.

«Ved que los fieros *Zegries*  
dentro os esperan ¡infames!  
Llorad á vuestros amigos,  
**esta que veis es su sangre.»**  
—¡Su sangre! ¡y llanto nos pides?  
Hierro y fuego.... ¡zús cobardes!  
¡Abenzulema, á las armas!  
—¡A las armas, Abonzayde!»

Una hora despues, Granada  
estaba al mar semeiante,  
cuando con montes de espuma  
las soberbias rocas bate.

PLÁCIDO.

## Miscelánea.

El juéves próximo pasado se ejecutó en el teatro del Circo, á beneficio de los señores Castillo y Martínez, la comedia en tres actos, original de don Antonio Gil y Zárate, titulada: *Cecilia la Cieguevita*. Fué muy bien ejecutada por todos los actores que tomaron parte en ella, y principalmente por doña Dolores Leon, la que arrancó numerosos aplausos; y concluida la comedia fué llamada á la escena, y aplaudida con entusiasmo. Dicha actriz se ha grangeado, y con justicia, el aprecio del público, por su laboriosidad y esmero en el desempeño de sus papeles; está dotada de una escelente voz y sabe hacer sentir á los espectadores, que es lo que constituye una buena actriz. Tambien agradó sobremañera el baile titulado: *Una fiesta en el barrio de la Viña*, puesto y dirigido por el señor Guerrero; el público pidió la repetición de dicho baile y fué muy aplaudido, lo mismo que las boleros de la *Gitanilla*, bailadas por la señora Valle y el señor Martínez.

UN GLOBO AMBULANTE.—Leemos en el *Diario Mercantil de Valencia* del 3 del corriente:

«Antesyer por la tarde cruzó por encima de los paseos de Serranos y el cauce del río, á grande elevación, un globo aerostático. Los curiosos que seguían su rumbo con interés, hacían las mas estravagantes conjeturas sobre su origen y destino: hubo quien apostó que era Mr. Arban que andaba por los aires sin poder hacer pié en ninguna parte, y estaba próximo á ser convertido en cometa; otros, aceptando la hipótesis de que fuera este atrevido aereonauta, sostenían que se habia propuesto no bajar

mas que en una ciudad donde vivieran las gentes en santa paz, con abundancia de virtudes y dinero, y que despues de largas peregrinaciones no hallaba donde apearse en este pícaro mundo sin faltar á su propósito, viéndose obligado á ser un Judío Errante aéreo, impelido por los vientos como aquel lo era por un misterioso poder. Las sombras de la noche envloveiron por fin al globo y pusieron término á aquellos castillos en el aire.

---

## EL AMO, EL PERRO Y EL ASNO.

---

### Fábula.

Diz que un rico banquero, tuvo un rollizo perro perdicuero, á quien tanta quería, que era su inseparable compañía; cada vez que el banquero en casa entraba, el perro cariñoso le alhiagaba, y el amo agradecido con las mismas caricias le pagaba, dándole en recompensa de afecto tan cumplido, el mejor salchichon de la despensa.

Era feliz el perro en su privanza, gozando por desquite del ocio y de la holganza, dando gusto á su panza, sin dársele por todo ni un ardid.

Un asno bellacon desde su establo de envidia (y con razon) se daba al diablo, al ver que era del amo preferido el perro entrometido; y ya agotada su paciencia toda, como un perdona-vida se incomoda; su desgracia maldice, y echando un terno estas razones dice:

¡Y qué! ¿podré sufrir, voto á mi suerte, que siendo como soy astuto y fuerto,

mientras que yo trabajo, este perro con tanto desparpajo, alcance de su dueño lo que yo en vano en conseguir me empeño?.. por cuatro ó seis caricias que le hace, el amo sus caprichos satisface, y yo, cuando me afano, si me quejo porque me mueva al trote, viene un vil mayoral con su garrote y á garrotazos curte mi pellejo.

Mas tate, tate; yo la culpa tengo de verme cual me veo así humillado, y pues me place mejorar de estado, voy á ver si probando acaso obtengo de mi dueño la gracia, cayendo mi rival en su desgracia; que aunque soy un patan de los bellacos tambien sé hacer caricias y arrumacos.

—Así fué; mas lijero que una liebre se escapa del peschre, y valiéndose allá de su manera, sube por la escalera, la cual trepa de un salto, tomando á un gabinete por asalto que no léjos estaba, donde el dueño tranquilo reposaba.

Como nada á su esfuerzo se resiste, entra allí de rondon, al amo embiste, quien con visita tal grita y se espanta, y cuando intenta huir, en el momento el imbécil jumento en el hombro de patas se le planta.

El asno que creia que todo cuanto hacia al dueño le agradaba; mas en acariciarlo se empeñaba, tanto que sus rebuznos y sus coces confundian la voces que el hombre en tal conflicto al aire daba, con las cuales socorro demandaba.

Acuden en su auxilio los criados de garrotos armados, y llenos de osadía y ardimiento cierran con el jumento, al cual de tal manera en pago de sus sinceros abrazos le curtieron el cuero á garrotazos, que midió de otro salto la escalera.

Item mas; desde entónces al pollino como que nadie su honradez abona, le condenó el destino á morder cordovan en la tahona,

donde solo le daban por regalo trabajos, hambre, ingratitud y palo, y en donde conoció, pero ya tarde, con harto sentimiento, que el que nació jumento, jamás debe de hacer de culto alarde.

*¡Cuántos hombres conozco empalagosos, que queriendo imitar á los graciosos con sus chistes y cuentos son como los jumentos!*

*Tú lector, igualmente los conoces, guárdate de sus gracias, pues son coces.*

EL FABULISTA.

## ANECDOTAS.

Un ayuntamiento bastante exhauto de fondos hizo considerables gastos con motivo del paso de cierto príncipe por sus muros, y como éste se mostrase sorprendido, uno de los aduladores cortesanos que le obsequiaban le dijo: «Nuestra ciudad no ha hecho mas que lo que debe.—Es verdad, contestó otro algo mas sincero que el primero, pero tambien debe lo que ha hecho.»

—En el condado de Norfolk un sugeto fué acusado de bigamia. Ya habian dos mugeres probado los derechos que tenian á su ternura, cuando otra tercera, á quien inmediatamente siguieron algunas mas, compareció para el mismo objeto. «Hombre infeliz, exclamó el juez: ¿con cuántas te querias contentar? ¿Contentarme! contestó el reo, ¡ah Milor! con una sola que hubiese hallado buena.

—El conde de Petersborough, de una ilustre casa de Inglaterra, fué gran guererro y politico no inferior. Singular en todas sus cosas, y de un espíritu muy republicano, fué enemigo declarado del duque de Malborough, que tenía fama de miserable. Sucedió que un dia algunos infelices pordioseros pidieron limosna al conde, llamándole Milor Malborough. Yo no soy Milor Malborough, dijo Petersborough con entraordinaria viveza, y en prueba de que no lo soy, os doy una guinea á cada uno

—Siendo muy jóven Mr. Jor, (que despues fué el célebre ministro de Inglaterra) le dió su padre en un convite en que se hallaban bastantes convidados, una puñada en la oreja. Sentido de esta correccion intempestiva, dió á su vecino con toda la fuerza el golpe que acababa de recibir, suplicándole que fuese siguiendo por todos hasta llegar á su padre.

—Un diputado de Marsella empezó su arenga á Enrique IV: Señor, Anibal al partir de Cartago....» mas interrumpiéndole el príncipe le dijo: «Anibal al partir de Cartago habia comido, y yo voy á hacer otro tanto.»

—Cierta padre procuraba decir continuamente á su hija lo siguiente respecto del matrimonio: «La que se casa hace bien; pero la que no se casa obra todavia mejor.—Padre mio, contestó la doncella, hagamos lo que sea bien, y dejemos á otros que hagan lo mejor.»

—Una señora á quien enseñaban una curiosa biblioteca, cuyo bibliotecario era un ignorante presumido, exclamó: «He aquí un hermoso serrallo confiado á la guarda de un eunuco.»

—Salía un niño de examinarse de la doctrina, y viéndole su tio triste le preguntó:—Qué tienes, hijo mío?—Qué he de tener, responde, que el señor cura me está siempre riñendo: ahora me ha preguntado que cuántos Dioses hay.—Muy bien: y tú le habrás contestado que no hay mas que uno.—Cómo uno! si le he dicho que hay tres y todavia no está contento.

—Un soldado del ejército del mariscal de Sajonia fué cogido robando, y le condenaron á ser ahorcado. Lo que habia robado valdria todo lo mas seis pesetas, y el mariscal, viéndolo conducir al suplicio, le dijo:—Hombre, debes ser bien miserable para arriesgar la vida por seis pesetas.—Vuestra admiracion si que es estrana, mi general, respondió el soldado; ¿pues no la estoy arriesgando todos los dias por diez cuartos? Esta respuesta le salvó la vida.